

EL PALOMARES DEL ARTICO

**Bombas dos mil veces más
potentes que las de Hiroshima**



El accidente del B-52, del Strategic Air Command, ha levantado protestas en Dinamarca (Groenlandia pertenece a Dinamarca desde 1953). Se ha dicho que el ministro de Asuntos Exteriores retrasó la noticia para evitar que influyera en las elecciones. Técnicos daneses investigan en la zona para ver el peligro de radiaciones.

El hielo de Groenlandia oculta las cuatro bombas de hidrógeno que transportaba el bombardero gigante B-52, que se estrelló a diez kilómetros de la base de Thule. Jens Zingglersen, un danés de treinta y cuatro años, vio el accidente cuando estaba sentado a la puerta de su casa: una gran explosión y luego la gran bola de fuego sobre el hielo... El hielo se fundió con el calor y se tragó todo. Una mancha negra ha quedado en el lugar de la catástrofe. Seis tripulantes del aparato pudieron salvarse, el séptimo murió al estrellarse el aparato.

Un segundo Palomares, se dice al hablar del caso. Y otra vez, como en Palomares, la búsqueda difícil de las bombas o de sus restos. Parece que han quedado destruidas y de alguna de ellas se encontraron ya fragmentos radiactivos. Los servicios de recuperación trabajan en condiciones muy diferentes a las de hace dos años: Thule no es Palomares y los boys pasan frío. No hay gitanos *very typical* que corten el pelo al aire libre y el sol de Almería está ausente. La temperatura es de veinticinco grados bajo cero y la noche polar sólo deja cuatro horas de luz al día.

El B-52 estrellado pertenecía al Strategic Air Command (SAC), que tiene su cuartel general en la base de Omaha (Nebraska). El SAC es uno de los puntales de la llamada fuerza de disuasión. Siempre hay B-52 en vuelo permanente, por rutas que se mantienen secretas, y con objetivos prefijados, de tal forma que si las bases de Estados Unidos quedaran destruidas, los B-52 podrían, a su vez, destruir al enemigo. Tienen poder para ello. Cada una de estas bombas de hidrógeno posee una potencia de veinte megatones, es decir, el equivalente a veinte toneladas de explosivo químico normal, dos mil veces más que la "modesta" bomba atómica que arrasó Hiroshima.

No hay temor de explosión, porque para ello debe entrar en funcionamiento un complicado sistema de dispositivos; el lanzamiento se hace mediante un mecanismo electrónico cuya clave da el Pentágono. Pero existen otros riesgos. Si las bombas se parten al ocurrir el accidente, los pedazos emiten radiaciones —ya se han encontrado fragmentos radiactivos— y, aun en el caso más favorable de que algún artefacto quede intacto, la capa metálica que las protege, al corroerse por la acción del tiempo, permitirá también la emisión de radiactividad.

Este peligro es uno de los móviles que lleva a la búsqueda de las bombas. Pero hay más. No se pueden dejar abandonados unos ingenios de este tipo, con una potencia explosiva realmente apocalíptica —la carga del B-52 iguala la de todas las bombas empleadas en la última guerra mundial—; ni tampoco resignarse a perder algo que ha costado muchos millones de dólares. Y, por otra parte, existe un motivo de alto interés militar que lleva a recuperar a toda costa el mecanismo secreto de estos proyectiles y evitar que puedan caer en manos de otra potencia. Por eso las tareas de rescate proseguirán, al menos hasta que haya certeza absoluta de que no queda nada válido de interés militar. Los trabajos de Palomares duraron once semanas. ¿Qué durarán los de Thule? Parece que el B-52, sus restos, han ido a parar al fondo de la bahía de la Estrella Polar y están a doscientos cuarenta metros de profundidad. Seguramente volverán los minisubmarinos empleados en Palomares.



Mapa de la zona. En Thule viven técnicos y soldados americanos. Aparte de ellos sólo esquimales.

EL PALOMARES DEL ARTICO



En Thule, los norteamericanos han construido una verdadera ciudad subterránea, de donde sobresalen los mecanismos de vigilancia. Los soldados destacados en este solitario lugar disponen de salas de juego para matar el aburrimiento. No se puede salir fuera de la base: las temperaturas son a veces de treinta grados bajo cero.

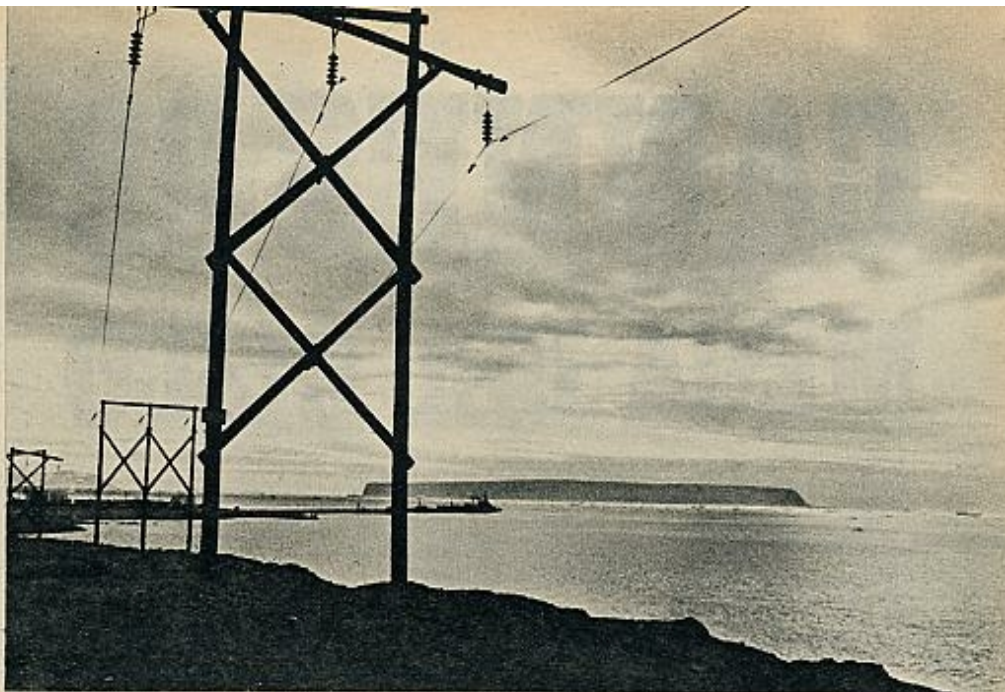


Thule es uno de los tres enclaves del sistema de alerta-radar para los cohetes balísticos americanos; los otros dos son Clear, en Alaska, y Fylingdales, en Gran Bretaña. Entre los hielos árticos, los norteamericanos han creado una base subterránea, que tiene el aspecto de una ciudad del año 2000, con un importante aeródromo y una red de radares de la mayor potencia. El B-52 siniestrado no pertenecía a Thule, según se dice, sino a la base de Plattsburg, en Nueva York.

Desde 1953, Thule y Groenlandia forman parte de Dinamarca. El trágico accidente pareció amenazar en principio la seguridad de la coalición centrista dirigida por Otto Krag que gobernaba el país y alimentar la oposición de los sectores daneses enemigos de la OTAN. Dos periódicos —el *B.T* y el *Okstrawadel*— llegaron incluso a sugerir que el ministro de Asuntos Exteriores, Hans Tabor, había retrasado la noticia para evitar que en las elecciones, celebradas pocos días después del hecho, los partidos de izquierda y de extrema derecha la explotasen en su favor.

A escala mundial, la colisión del B-52 vuelve a plantear el espinoso problema de los vuelos de aviones portadores de armas nucleares. Aunque, por las razones antes expuestas, no es probable que un caso de este tipo pueda provocar un colapso atómico, es evidente, sin embargo, que el peligro de radiaciones persiste. La frecuencia de accidentes es grande —catorce en los últimos diez años, según comunicado de las Fuerzas Aéreas norteamericanas— y en ellos han intervenido diversas clases de factores: colisiones en el aire, incendios en pista, calda del aparato, desprendimiento del ingenio nuclear, etc... El B-52 estrellado en Groenlandia había repostado poco tiempo antes de que se declarase un incendio en la cabina de mandos. Después informó a Thule que se disponía a intentar un aterrizaje de emergencia. Los pilotos saltaron en paracaídas y el hielo de la bahía de la Estrella Polar aguantó el golpe del bombardero gigante, luego se fundió con el calor del gran incendio producido, se abrió y volvió a cerrarse. Ahora los esquimales, únicos habitantes de la región, trabajan junto a los técnicos norteamericanos y daneses (Dinamarca envió una expedición científica para investigar el riesgo de contaminación radiactiva). Los esquimales y los perros de sus trineos son los únicos que se desenvuelven bien en aquel ambiente polar. Si alguna bomba ha quedado entera, los gastos de recuperación van a ser superiores a los de Palomares, aunque en Groenlandia —frente a las desventajas del clima— hay una baza a favor: la experiencia adquirida en los trabajos de Almería, donde se encontraron rápidamente tres de las cuatro bombas; la última, de diez megatonnes —la mitad de las caldas en Groenlandia—, estaba, como se recordará, a cuatrocientos metros de profundidad.

RADIAL PRESS



Thule es uno de los tres enclaves del sistema de alerta-radar para los cohetes; los otros dos son Clear, en Alaska, y Fylingdales, en Gran Bretaña. Es, por tanto, un punto básico de la estrategia militar norteamericana.

